

Mami, esto no es bicarbonato

Edison Torres Moreno

Usiacurí es diferente a todos los pueblos del Atlántico: su iglesia azul queda en lo alto de una colina, un hombre predice la muerte de vecinos con sólo verles el aura y sus habitantes se bañan en pozos de aguas medicinales. Usiacurí también está marcado por la trágica muerte de Jorge Luis Rivaldo Pimentel.



"¿Tienes bicarbonato?" Fue la última pregunta inteligible pronunciada por Jorge Luis Rivaldo Pimentel, 32 años, jadeando de dolor de estómago, poco antes de morir de la forma más extraña el primero de mayo, día que debía cumplir trece años de casado.

En tanto se había levantado dos veces con cólicos estomacales en la madrugada apacible de Usiacurí, Atlántico: 12:05 y 5:05 de la mañana.

Como operario de turno del acueducto municipal, Jorge Luis debía abrir y cerrar sucesivamente la válvula de uno de los pozos que más atrae a los visitantes, pues está frente a la casa donde vivió y murió el flemático y no menos extraño poeta chiquinquereño, Julio Flórez, quien llegó a estas cálidas tierras en busca de la salud perdida.

La semana anterior le recordaba a un conocido suyo que el primero de mayo iba a cumplir trece años de casado con su ex esposa Ligia Ortega. Quince días antes César Verdeza, "el hombre que ve el aura", lo observó pasar por la Calle *Julio Flórez* con "el aura caída", señal de que algo malo le iba a suceder. Sin embargo, a ninguno de sus allegados se le ocurrió pensar que el Día del Trabajo -lleno de fiesta y colorido- iba a ser una fecha fatídica para la familia Rivaldo.

Esa mañana, a las 5 y 20, se había encontrado con su amigo, confidente y compañero de trabajo, Porfirio Patiño, 51 años, en una de las empinadas calles de la población.

- "Profe -se dirigió a Patiño- ¿cómo le fue hoy? ¿Cómo están las cosas?"

- "Todo está bien. Me voy a buscar la comida del perro que me la está guardando el vendedor del expendio. Ya terminé con mi trabajo y ahora que desayune me echaré una descansada. ¿Oye, York, a tí que te hace falta?"

- "Me toca cerrar la última válvula, la del pozo *Julio Flórez*, y después que me tome algo para este dolor de estómago, me voy a dormir..."

La última válvula, precisamente la de la bomba *Julio Flórez*, la del "pozo de aguas profundas y tranquilas", la de El Higuerón que le curó al poeta sus delgados huesos. Quizás Jorge no tenía la menor idea de que iba a ser la última vez que operaba esa llave.

O tal vez se estaba despidiendo de su amigo y camarada de trabajo, y después de que tomara "algo" para su crónico dolor de estómago, se iba a dormir... pero profunda y eternamente.

Usiacurí, pozos de agua profunda y tranquila

Al llegar a Usiacurí el visitante tiene la sensación de estar en un pueblo del interior del país, no tanto por su arquitectura, su ambiente o su gente, como por la

forma quebradiza de sus calles. Está ubicado en el centro del departamento del Atlántico, y su origen es indígena. Una de las versiones más aceptadas para determinar de donde proviene su nombre considera que es derivado del Cacique Curí y de la quebrada Usía. Sus calles son inclinadas, quebradizas y cubiertas por escaso pavimento. A 1.20 metros del nivel del mar, su temperatura promedio durante el día es de 32 grados centígrados a la sombra.

Si tu llegas la primera vez a Usiacurí, te pueden brindar jugo de frutas cosechadas en la misma región, y después te invitan a comer. Es una costumbre ancestral de estos pueblos de la Costa Caribe que tienen una fuerte raíz aborigen. Casi todos los habitantes viven de la agricultura, la pequeña ganadería, la artesanía y algunos del turismo. Los frijoles, por ejemplo La Zaragoza y El Guandú, se cultivan en gran cantidad y son los alimentos que más se consumen en cosecha.

Últimamente los usiacureños también han sentido la pobreza y el abandono oficial. Eligieron al alcalde cívico Giovanni Arjona con la esperanza de acabar con la politiquería, pero éste debió renunciar porque está subjúdice en un proceso de prevaricato por apropiación. Despedazó el presupuesto de este pequeño municipio en un santiamén con contratos leoninos y francachelas, al mejor estilo de los antiguos "narcos" de la marimba. Tiene la casa por cárcel, y de vez en cuando

lo ven caminar por el pueblo subrepticamente. Nayibe Padilla, la alcaldesa que lo sucedió, continuó con esa misma andanza, y corrió con la misma suerte. Lo primero que hizo, después de posesionarse, fue comprarse unas gafas deportivas marca *Sting*, y colgarse rosarios de prendas de oro en sus muñecas y cuello que contrastaban con la pobreza de la mayoría de los habitantes.

Uno sube a la colina donde se encuentra la iglesia de color azul y puede divisar todas las pendientes, las quebradas, los pozos y las angostas calles del pueblo. Se pueden ver sus casas sin patio y una plaza, que es distinta a las plazas de los demás pueblos del Atlántico, porque carece de un terreno plano. En esta época se observa una vegetación verde con al-

gunos manchones marrones que rodean al pueblo. Y si uno mira desde lejos a la iglesia, parece que fuera una maqueta suspendida en la cima de una colina o una postal de un sitio del caribe mágico: lleno de historias reales que parecen inverosímiles.

Las aguas de Usiacurí han demostrado ser medicinales. Homeópatas venidos de todas partes del mundo las han utilizado en sus terapias; ellas han dado prueba de benignidad en el cuerpo de muchos extranjeros que después de los baños fueron curados y se

Las aguas de Usiacurí han demostrado ser medicinales. Homeópatas venidos de todas partes del mundo las han utilizado en sus terapias; ellas han dado prueba de benignidad en el cuerpo de muchos extranjeros que después de los baños fueron curados y se echaron raíces y vástagos.

quedaron allí para echar raíces y vástagos. Los indios las consideraban sagradas, porque eran la sangre vital de estas tierras y de su población. Las aguas subterráneas se depositaban hasta hace menos de treinta años en tres reconocidos pozos naturales: El Higuerón, El Italiano y El Chorruto. Si bien sus aguas termales ya no llegan a la superficie, ahora son succionadas por poderosas bombas instaladas a más de 130 metros de profundidad. Estos artefactos han condenado a las aguas a su desaparición.

Usiacurí se ha destacado por tres elementos: sus aguas minerales y azufradas de alto poder medicinal, su excelente artesanía ancestral, y la vida y muerte del autor de "Flores negras" y "Tus ojos", Julio Flórez, quien al final de su periplo por algunas zonas del país llegó a Usiacurí en busca de una medicina para la dispepsia. Por culpa de la gastritis, como es conocida esta enfermedad hoy, el poeta siempre cargaba una bolsita de bicarbonato, recuerda hoy su hijo, el médico Hugo Flórez, 80 años, quien no se cansa de recitar las mejores poesías de su padre en su amplia casa del norte de Barranquilla. Cada vez que el poeta sentía los latigazos en el estómago, colocaba una pizca de bicarbonato en su lengua. Vivía cerca de uno de los pozos, sólo tenía que caminar treinta metros para bañarse y encontrar mejoría para su malograda salud.

Al pozo llegaba a veces con papel y lápiz, esperando que sus musas lo visitaran y lo elevaran a ese mundo introspectivo en que vivía. Y entonces, sus delgados dedos comenzaban a garabatear poesías hermosas como la de estos versos de "Tus ojos":

*Miradme con amor eternamente,
ojos de melancólicas pupilas,
ojos que semejáis bajo su frente,
pozos de aguas profundas y tranquilas.
Miradme con amor, fulgidos ojos,
y cuando muera yo, que os amo tanto,
verted sobre mis lívidos despojos,
el dulce manantial de vuestro llanto!*

Jorge Luis Rivaldo todos los días se detenía por un instante frente a la casa del poeta. Allí están la tumba y los últimos versos de su vida pegados a las roídas paredes de madera. Diagonal a la casa del poeta romántico más popular de Colombia, está una construcción de cemento de seis metros cuadrados, en cuya pared se puede leer: Pozo N° 1 Julio Flórez.

El trabajo cotidiano de Jorge Luis era extraer "el dulce manantial" del llanto de la tierra, y verterlo con bombas a unas tuberías. Estas aguas literalmente son lágrimas de la madre tierra, porque en su curso de abajo hacia arriba arrastran minerales como azufre, potasio, hierro y sulfuros.

Cada vez que estaba de turno, a Jorge le tocaba manipular la llave de este pozo, y cuando no estaba de prisa, se detenía un poco frente al busto del poeta. Así lo hizo una hora antes de morir.

Es un decir de la gente que desde la creación del acueducto municipal, la suerte del pueblo ha cambiado para mal, y no hace falta la premonición fatalista, según la cual Usiacurí se va a partir en dos. El año pasado veinte casas de cemento quedaron reducidas a escombros al producirse un deslizamiento de tierra, entre ellas, la de la familia Rivaldo Pimentel. A partir de ese momento comenzó a tejerse la urdimbre de las raras circunstancias que llevaron a la muerte de Jorge Luis Rivaldo.

Y no le faltan razones a la mayoría de los viejos habitantes de Usiacurí para tener ese temor. Pues ya se detectó, al parecer, una falla geológica que podría tener consecuencias fatales. Como fatal ha sido la sequía de los pozos naturales por causa del acueducto.

Primero se acabó El Higuerón, donde se bañaba placidamente Julio Flórez. Sus aguas, que ahora las extraen con bombas, son negras y al entrar en re-

poso se cristalizan. Luego se secó El Italiano. Y por último, El Chorruto, éste de agua espesa y azufrada, corrió la misma suerte que El Chacanita, cuyas aguas se asemejan a un purgante con azufre. Y para que ahora haya agua, cada día tienen que profundizar más las bombas. ¿Hasta cuándo? Es la pregunta que algunos viejos se hacen desde que entró en funcionamiento la primera hace treinta años.

El agua de Usiacurí es muy especial. Para experimentar un poco tomé un vaso. El primer sorbo se deslizó sobre mi paladar como si fuera agua mineral, algo gruesa, algo pesada y espumosa. A los quince minutos, si no antes, era como si comenzara una pelea de perros en mi estómago. Parecía que me hubiese tomado un laxante. Quise experimentar lo que un viejo habitante de Usiacurí me había advertido: "la primera vez que la tome, esta agua lo pone a correr para el baño".

Amaba el fútbol y el campo

Cuando el Junior jugaba, era una alegría para Jorge Rivaldo. Le gustaba ponerse la camiseta "rojiblanca" de su equipo amado. Acompañaba a Porfirio Patiño a la cancha de fútbol para observarlo dirigir a los futuros futbolistas de Usiacurí. Alguna vez en su vida soñó con ser futbolista. Sus amigos le decían "York, tu puedes ser un buen jugador, empezando porque tienes apellido de futbolista." El se reía. La gente de la plaza recuerda siempre esta reacción, tanto como cuando tenía la camiseta rayada del Junior. "Parece que lo estuviera viendo allí, montado en su bicicleta", comenta un señor que se

**Quando el campesino
regresó al almacén
agropecuario,
su propietaria,
doña Magola,
una señora de 62 años,
de gruesa contextura y
de una charla agradable,
le dijo: -Yo se lo advertí,
con el Lannate no se juega,
mi querido cliente.**

encontraba conversando con un grupo de contertulios. A veces se escapaba a ver los partidos al Estadio Metropolitano de Barranquilla.

Sin embargo, a Rivaldo, lo que le interesaba realmente era el campo, estar en contacto con la cosecha, la cría de animales de corral y el ordeño de vacas. Por esta razón en su día de descanso se iba para "la roza", una pequeña finca que su papá Carlos tiene a veinte minutos del casco urbano de Usiacurí. Allí, en compañía de su joven mujer Claudia Márquez, 18 años, y de su hijo Cristian, 3 años, respiraba el aire fresco venido de la zona costera. Limpiaba con herbicida y a mano la maleza que se reproducía en sus pequeños cultivos de frijoles, guineo y maíz. Cuando algunos animales silvestres, como el *zorrochucho*, se comían los cultivos Jorge les preparaba una trampa en la que también caían perros y gatos *malamañosos*: ponía una carnada mezclada con un poderoso veneno llamado Lannate 40 SP y la víctima moría al instante. Al Lannate suelen utilizarlo los campesinos de la región Caribe para deshacerse de los animales dañinos, pero su uso oficial está restringido para la fumigación de cultivos de sorgo, maíz y trigo.

El Lannate se encuentra clasificado como un tóxico DL50 alta, es decir, que con una pequeña dosis los efectos letales son inmediatos, por lo cual su uso debe estar supervisado por un ingeniero agrónomo. Su composición química, según la empresa que lo comercializa en Colombia, "es la de un insecticida-ovicida a base de metomids-metil N (metilcabamoil-oxitioacetamidato), componentes fosforados". Es extremadamente tóxico, hecho que se advierte en el empaque. Es un carbamato-fosforado que potencializa su efectividad sobre las plagas. Es inodoro e insípido, y se puede confundir con otras sustancias no tóxicas, por ejemplo, con el bicarbonato y otras sales.

Como hay algunos animales que tienen el sentido del olfato muy desarrollado, por ejemplo el *zorrochucho*, los campesinos no pueden matarlos con otra clase de veneno, puesto que perciben su olor a cierta distancia, aun cuando esté mezclado con maíz o pescado. Como el Lannate no tiene olor ni sabor, es el tóxico adecuado para acabar con los animales de "mala maña", según el concepto de algunos agricultores. Los Rivaldo pusieron de moda el Lannate para deshacerse de esos desgraciados animales al venderlo al menudeo sin ningún control en su tienda "La fe en Dios" de Usiacurí. Ahora también se ha generalizado el uso de ese veneno para matar perros y gatos, y acaso para el suicidio.

En una ocasión, un campesino del Atlántico fue a La Casa Agropecuaria ubicada en la calle de la Cruz, adyacente a la Plaza de San Nicolás de Barranquilla. La preocupación del señor era

acabar con un *zorrochucho* que se estaba comiendo su plantación de maíz. Compró el letal polvo. Ya en su rancho, por la noche le tendió la mortal trampa al bendito *zorrochucho*, revolviéndole el veneno con maíz. A la mañana siguiente sus ojos se desorbitaron al observar la escena: alrededor del *zorrochucho*, que aparecía sin vida, yacían muertos todos los burros, los únicos animales de carga que poseía.

Cuando el campesino regresó al almacén agropecuario, su propietaria, doña Magola, una señora de 62 años, de gruesa contextura y de una charla agradable, le dijo: - Yo se lo advertí, con el Lannate no se juega, mi querido cliente.

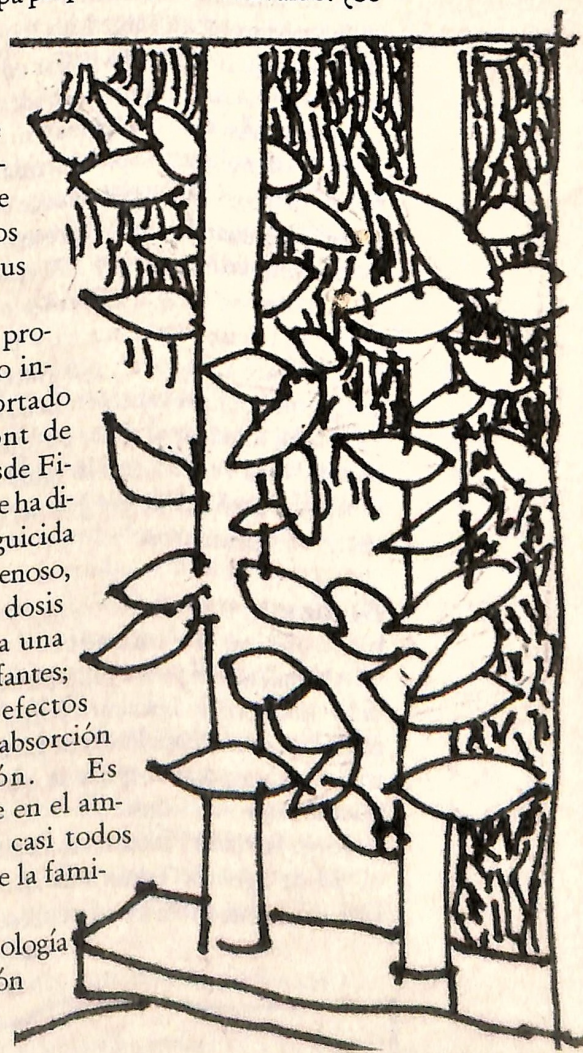
¿Lannate? ¿Veneno? ¿Cuántos animales murieron en la trampa preparada por los Rivaldo? ¿Se pecataron alguna vez de la crueldad de esta forma de morir? ¿Pensaron quizás que alguno de ellos moriría bajo sus efectos?

El Lannate, producto químico industrial importado por la Dupont de Colombia desde Filipinas, como se ha dicho, es un plaguicida demasiado venenoso, que con una dosis puede matar a una manada de elefantes; produce los efectos por contacto, absorción e ingestión. Es biodegradable en el ambiente, como casi todos los venenos de la familia carbamato.

La sintomatología por intoxicación con Lannate es la siguiente:

compresión en el glóbulo ocular, miosis, presión torácica, excitación del sistema parasimpático, dolores oculares y detrás del esternón, cólicos intestinales, temblor, convulsiones epilépticas, disminución del ritmo cardíaco, taquicardia, aumento de la presión sanguínea, y finalmente el colapso: paro cardíaco.

Los toxicólogos consultados dicen que después de consumir este veneno la muerte es casi segura. La víctima solo tiene sesenta segundos de conciencia. Su cuerpo se queda sin oxígeno, pues



las células de la sangre en vez de absorber las moléculas del oxígeno, transportan la sustancia venenosa a través del torrente sanguíneo. La víctima refleja un estado cianótico, que produce una coloración azul-negrucza, dedos morados, mirada de angustia y ojos desorbitados.

En estos pueblos del Caribe ha hecho carrera un decir popular. Cuando una persona quiere vengarse de otra o quiere acabar con un animal *malamañoso* dice: "le voy a dar una gotica de Lannate para que después de tragársela no pueda dar dos pasos más". El Lannate es el veneno más efectivo al alcance de los campesinos de la región, y el más usado. En la tienda "La fe en Dios", de Carlos Rivaldo, padre de Jorge Luis, lo vendían libremente.

Si uno buscaba a Jorge Luis Rivaldo en un día de descanso, no lo podía hallar en su casa. Nunca estaba. "la roza" era su sitio ideal; el monte, su compañía. Así se lo confesaba a su amigo Porfirio Patiño, un mestizo de piel curtida por el intenso sol de Usiacurí, quien permanece con una sonrisa amplia iluminando su afable rostro sobre un cuerpo de contextura gruesa y 1.75 de estatura.

- "Profe, -se dirigía a Patiño- cuando yo me retire del acueducto me voy para el campo, me dedicaré a "la roza", porque es mi vida y no tengo que pensar tanto en la comida, ni en la vivienda, ni pagar el agua, porque allí lo tengo todo..." Era verdad, casi lo tenía todo. Pero en la trágica mañana de ese primero de mayo sus sueños se esfumaron.

El hombre que pronosticó la muerte

Al igual que el poeta Julio Flórez, el operario del acueducto de Usiacurí, Jorge Luis Rivaldo, murió con una papeletica de bicarbonato en la mano, quince días después de que el adivino del pueblo la pronosticara.

Jorge Rivaldo Pimentel iba a cumplir 32 años el 29 de agosto. Tenía seis años de trabajar: tres en el acueducto de su pueblo y otros tantos

en las antiguas Empresas Públicas Municipales de Barranquilla. Era un buen trabajador, al decir de sus compañeros. Su piel morena se tostaba diariamente con el sol canicular que cubre a este pueblo. Su contextura maciza estaba simétricamente distribuida en sus 1.65 metros de estatura. Lucía un corte de pelo al estilo de futbolista argentino: desbastado en las sienes, copete al frente y la consabida cola. Es el mismo corte que su padre Carlos usa actualmente.

Cierta tarde, Jorge Luis llegó a la casa de Porfirio Patiño, se sentó en el pretil y le dijo:

- "Profe, quiero que mis hijos jueguen al fútbol pero a lo bien hecho..."

- "Oye, York - le interrumpió cordialmente Porfirio Patiño-, tu sabes que estoy entrenando a los pelaos de acá, y por eso le dedico todos los domingos. Tus hijos y mi nieto pueden ser futbolistas famosos".

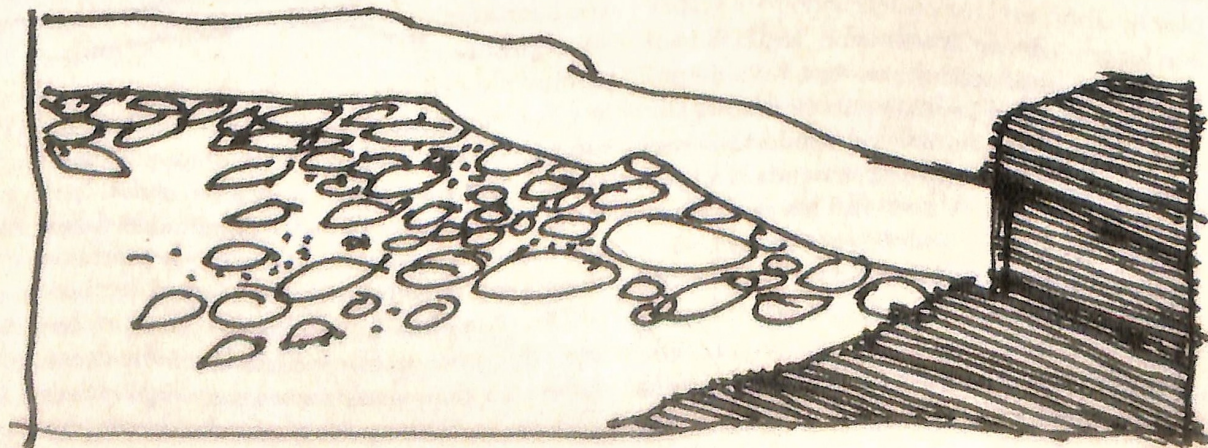
- "Profe, voy a hacer que Cristian lleve el apellido Rivaldo en su camiseta, y si juega en el Junior, mejor. ¿Tu sabes lo emocionante que es ver al jugador brasileiro Rivaldo salir del fondo y luego meter un gol?"

- "Pero, York, hay que ponerlos a practicar desde *chiquiticos* para que aprendan la técnica del buen fútbol. Los grandes jugadores como Pelé, Maradona, Valderrama y el mismo Rivaldo, comenzaron desde muy *pelaitos*. El *pibe* Valderrama desde los cinco años pateaba *bola 'e trapo* en el barrio Pescaito de Santa Marta".

- "Eso es verdad, profe".

Sus frases eran cortas. No era locuaz, por supuesto. Hablaba lo preciso. Más bien era un poco introvertido, según recuerda Candelaria de la Hoz, esposa de Porfirio, quien más de una vez lo atendió con un vaso de jugo, especialmente de guanábana con leche, el que más le gustaba.

Si él ya no podía ser futbolista, pues a sus 32 años se le habían diluido sus sueños, abrigaba la esperanza de que lo fuera alguno de sus tres hijos. Los dos mayores, Jorge de once y Luis de ocho años, en algún momento han practicado



fútbol. Pensaba que sus últimos días de vida se los dedicaría a "la roza", y por eso había abandonado la idea de ser futbolista.

El hombre que ve el aura

César Verdeza, 60 años, es delgado, tiene una figura desgarbada, de tez blanca bronceada por el sol usiacureño. Al verlo con una pequeña pantaloneta y sin camisa, se observa su magra contextura que nos recuerda "al caballero de la triste figura".

Sus piernas largas terminan en un par de *chanquetas* que alguna vez fueron azules. Nariz larga y bien definida, ojos claros que proyectan una mirada inquisidora, que se adivina detrás de sus espejuelos. Su cabello vaporoso es escaso en la parte delantera, cuyas entradas son disimuladas con un gran mechón que se desparrama hasta la frente.

Pocas veces lo pueden ver riéndose, pero César lo hace cuando su interlocutor le cae bien. Su espléndida sonrisa, descubre un par de caninos pincelados por la nicotina y la cafeína. A pesar de su apariencia, César Verdeza es una persona simpática y agradable, de fácil conversación y de un magnetismo muy particular. Nadie puede pensar que está estudiando ciencias ocultas y que ha viajado por diferentes países en búsqueda de conocimientos sobre los fenómenos paranormales. No usa turbantes ni amuletos ni adornos especiales.

Puede uno durar hablando con Verdeza tres o cuatro horas seguidas, y el tiempo vuela rápidamente atrapado por sus subyugantes historias. Son historias mágicas hilvanadas de su propia experiencia. Algunos lo conocen como "el hombre que puede predecir la muerte". Fuma compulsivamente un paquete de *Pielroja*, mientras cuenta los problemas en que se metió cuando predijo la muerte de José Agustín, quien se tomó en ron y cerveza los 70 mil pesos que su hermano le había regalado para que se hiciera el trabajo de conjurar el "aura caída".

Relaciones tormentosas

Una de las cosas que también marcó el destino final de Jorge Rivaldo Pimentel fue la separación de su esposa Ligia Pérez. Fue una relación que duró un poco más de ocho años, y ese primero de mayo cumpliría trece años de casado. Por cualquier razón no se había separado legalmente.

Con su ex esposa vivió la felicidad y la traición sentimental, y aún cuando no convivían desde hacía más de cuatro años, todo el mundo decía que

sólo la muerte los separaría definitivamente. Sin embargo, ya no había amor en la relación con su esposa. Lo pudo comprobar con aquella escena de la cual nunca se atrevió a hablar directa y francamente, ni siquiera con sus amigos cercanos. Le daba pena. Pero en un pueblo pequeño como Usiacurí, los secretos se riegan de boca en boca.

Nadie puede pensar que está estudiando ciencias ocultas y que ha viajado por diferentes países en búsqueda de conocimientos sobre los fenómenos paranormales. No usa turbantes ni amuletos ni adornos especiales.

Sotto voce se conocía que la primera mujer de Jorge había puesto sus ojos en un joven de quince años, aún cuando ella lo niega rotundamente. Este hecho, al parecer, lo llevó a convencerse de tomar la decisión de separarse definitivamente.

La estabilidad afectiva que tanto buscaba al parecer la había conseguido con su adolescente mujer Claudia Márquez.

No le importaba que fuera mucho más joven que él, y menos que la gente conocida le *mamara gallo* con la frase "a burro viejo pasto biche". El se reía, dijeron sus amigos cuando evocaron la personalidad de Jorge.

La conversación

15 de Abril, 5:30 de la tarde. El viento empuja a soplar débilmente. Las altas temperaturas del día comenzaban a perder la batalla, anunciando que muy pronto iba a anochecer. Verdeza y Claudio estaban sentados en un par de mecedoras de hierro forradas con plásticos y paja de iraca. Verdeza tejía la última artesanía del día, una especie de burrito con dos calabazos a los lados. La vivienda materna de Verdeza está ubicada en la calle "Julio Flórez". Para llegar a la casa de Julio Flórez, inevitablemente se debe pasar por donde Verdeza.

A esa hora transitaba por el lugar Jorge Rivaldo Pimentel a cumplir su tarea rutinaria como operario del acueducto. Alzó la mano para saludarlos, y de inmediato Carlos Verdeza le dijo a su amigo:

- "¡Oh! Claudio, veo muy *maluco* a ese muchacho."

- "¡Eche! ¿y cómo va a estar? No va a estar bonito..."

- "No. No, no me refiero a eso de ser bello o feo. Me refiero a otra cosa que de pronto tu no me entiendas" -le interrumpió Verdeza.

- "Ya vienes con tus *vainas* de brujerías, y yo no le veo nada anormal a ese *pelao*. Pero dime, ¿qué es lo que tu le ves?"

Carlos Verdeza detuvo por un momento su aguja de tejer y colocó en su regazo el burrito. Con la mano liberada tomó un nuevo "Pielroja", lo encendió y aspiró su humo suave y profun-

damente. Verdeza miró hacia el techo y lanzó la bocanada de humo haciendo una figura en el aire. Es una pieza en bloque común sin repellar de doce metros cuadrados, con plantilla de cemento desgastada como piso. En ese pequeño espacio caben una cama de lienzo recogida, una nevera Philips, una estufa de gas natural, dos viejas sillas de hierro y un pequeño banco de madera donde reposa un cenicero bruñido en acero; en él Verdeza restriega el último girón de su séptimo "Pielroja". Trató entonces, de responder la pregunta.

- "Mira, Claudio, cuando ese muchacho agitó la palma de su mano en forma de saludo, me pude dar cuenta que tiene el aura caída... que la sombra de la muerte lo persigue como a un fantasma".

- "¡No joda! ¿Qué es esa *vaina*, César?"

- "El aura es la energía que le da vida a las personas. Es su astro que le permite vivir. Y cuando una persona la tiene torcida, quiere decir que tiene problemas para seguir viviendo".

- "¿Y eso no tiene remedio?"

- "¡Claro que sí tiene remedio! El aura se puede enderezar con cierto tipo de trabajo, con algunos elementos que le hacen aumentar esa energía positiva sobre la negativa. Es como una especie de equilibrio que se debe buscar".

En la estufa comenzaba a hervir agua de canela en una pequeña olla. El dulce olor a canela empezaba a invadir la humilde estancia como una especie de ejercicio para atraer las buenas energías, y al mismo tiempo para neutralizar el olor a nicotina.

- "¿Por qué no le dijiste eso a ese *pelao*?" -le preguntó Claudio un poco sorprendido.

- "Mira, a nosotros se nos tiene advertido que no podemos hablar de esto con personas que no te lo pidan, o si no se forman muchos problemas. Acuérdate lo que sucedió con José Agustín que no le paró *bola* a mi advertencia de que tenía un mes y trece días de vida. No creyó sinceramente, y se tomó en cerveza la plata que le dieron para hacerle el trabajo de ahuyentarle la muerte. Y se murió un día antes del tiempo predicho. ¿Tengo yo la culpa de que la gente no me crea? Esto es muy serio".

Un dolor de estómago crónico

Los dolores de estómago de Jorge Rivaldo eran frecuentes. Los tenía desde que vivía con su primera esposa. La última vez que había ido donde el médico -como fue hace mucho tiempo, su mujer Claudia Márquez no se acuerda de la fecha- le recetó un antiácido a base de hidróxido de aluminio y magnesio, cuyo nombre comercial es Milanta. Claudia recuerda

que "cuando a Jorge le atacaban esos dolores de estómago me decía que le preparara una toma casera a base de bicarbonato con limón y una *tantica* de sal. Esto lo aliviaba".

Claudia Márquez se comprometió con Jorge a los catorce años. Unos meses después nació su hijo Cristian. El niño pudo disfrutar de su tercer cumpleaños al lado de Jorge Rivaldo. Claudia se atormenta cuando su hijo le pregunta "¿Pa' dónde se fue papá?". Ella no sabe qué responderle, pues tampoco sabe por qué ocurrió la muerte de su marido. Ahora se abstiene de hablar de ello. Desde de que ocurrió el fatal hecho, no ha regresado a la casa que compartían. Al estar allí la invaden los recuerdos que le punzan, su joven corazón. Quiere huir de ellos; no acepta largas conversaciones sobre la muerte de Jorge.

En la casa de los Márquez aceptaron el amor de Claudia y Jorge Rivaldo cuando ya esperaban un bebé. Con la llegada de Cristian, se olvidó, por ejemplo, que Jorge Luis Rivaldo estaba casado, que tenía dos hijos y que había tenido problemas con su esposa. La mamá de Claudia es joven, no pasa de los 37 años, y en estas difíciles circunstancias le ha servido de gran apoyo. Claudia vive con ella desde el fatídico primero de mayo. Ahora trata de mirar el futuro y ver la manera de criar a Cristian.

Una de las cosas que más recuerda Claudia de su difunto marido es la constante molestia estomacal. A veces se tenía que levantar a media noche para prepararle el consabido remedio: bicarbonato, limón y sal disueltos en un vaso con agua. El bicarbonato lo tenían siempre a mano, tanto como en la casa de los padres de Jorge Rivaldo lo vendían al menudeo. "La Fe en Dios", quedaba a dos casas de la de Jorge y Claudia. Pero desde que en octubre de 1999 hubo un deslizamiento de

tierra y la casa de la tienda se vino abajo como muchas otras del sector, el remedio lo iba a buscar a la casa de su abuela adonde habían trasladado la tienda, ubicada a más de cinco cuadras arriba, casi llegando al barrio "Julio Flórez", de Usiacurí.

Carlos Rivaldo y Narcira Pimentel, los padres de Jorge, lograron reponerse de la caída de su casa. Inicialmente se instalaron donde la mamá de Carlos. Después de Semana Santa terminaron de construir un apartamento en el solar del lado. Algunos vecinos les ayudaron a trasladar los chécheres y todas las mercancías de los estantes, entre ellas, dos frascos bocones de cristal que antes eran envases de salsa de tomate. Uno tenía el rótulo en papel adherido con cinta pegante con la siguiente palabra impresa: bicarbonato. El otro no tenía

**"El aura es la
energía
que le da vida
a las personas.
Es su astro que le
permite vivir.
Y cuando
una persona
la tiene torcida,
quiere decir
que tiene
problemas para
seguir viviendo".**

rótulo. Pero Carlos sabía que allí estaban las papeletas de Lannate. En el traslado se cayó el papelito que lo identificaba. Y por esos azares de la vida, se destapó con el movimiento y se cayeron varias papeletas del veneno. Alguien en forma distraída, las depositó en el frasco bocón que decía "bicarbonato". Eso fue entre el 19 y 20 de abril del 2000.

"La fe en Dios" era la única tienda donde vendían Lannate en toda la región. Pesar de que la venta de este fatal producto era libre, Carlos tenía unos códigos especiales. Solamente se lo entregaban a personas mayores y conocidas que poseían alguna tierra sembrada y debían explicar cual sería su uso. Una vez llegó un mozalbete de 18 años a la tienda "La Fe en Dios", y esto fue lo que sucedió:

- "¿Señor Carlos, me vende una papeleta de *anate*?"
- Los campesinos le llaman así.
- "¿Quién te lo mandó a comprar?"
- "Mi papá, señor Carlos".
- "Bueno, dígame a su papá que venga personalmente y con mucho gusto le vendo esa *vaina*. Pero tu eres muy *pelao* para comprar esto".
- "Pero es que mi papá está muy ocupado".
- "Entonces que venga él personalmente cuando se desocupe. ¿Te parece?"
- "Está bien, señor Carlos".

La noticia

Quince días después de la conversación con Verdeza, Claudio llegó corriendo muy temprano a casa del hombre que ve el aura, y le dijo:

- "¡Mierda, César! Tu si eres la verga. Acaba de morir ese muchacho".
- "¿Cuál muchacho?"
- "Ese... el que tu dijiste que tenía el aura torcida".
- "¡Mierda! ¿Y eso cómo fue?"
- "De la forma más extraña. Todavía los médicos no han dicho nada oficialmente. Murió como si se hubiese ahogado, pero..."

Claudio le siguió explicando la primera versión sobre esa rara muerte que nadie se podía explicar.

La tragedia del primero de mayo

Cuatro días después de Semana Santa, y cuatro días antes de la muerte inesperada de Jorge Luis Rivaldo, sucedió un hecho que en otras circunstancias hubiese pasado inadvertido. Porfirio Patiño, su compañero de trabajo, se sentía un poco indispuerto. Tenía dolor de estómago y diarrea. Cuando terminaban su turno en el acueducto, Jorge Rivaldo le preguntó:

- "¿Profe, qué le está atacando?"
- "Tengo unos retorcijones en el estómago y en las tripas. Algo me tuvo que sentar mal. No me acuerdo qué comí, qué me cayó mal. Parece que voy a coger cama, viejo York".
- "¡Mierda! Profe. Yo tengo un remedio muy efectivo para los dolores de estómago. Mi mamá siempre me lo hace".

- "¡Ajá! ¿Cuál es?"

- "Tu coges una papeleta de bicarbonato, un limón y un poquito de sal, y se lo echas a un vaso de agua, y te lo tomas, y te aseguro que en poco tiempo te quita esa *maluquera*".

- "¿Seguro?"

- "¡Claro! Eso es efectivo, ya te lo dije. A mi me quita el dolor de estómago de inmediato, profe. Si quieres yo te llevo varias papeletas de las que hay en la tienda de los viejos".

Al llegar a casa, los dolores estomacales se intensificaron y se le empezó a complicar la situación a Porfirio Patiño, por lo cual su esposa Candelaria de la Hoz, decidió llevarlo al Centro de Salud de Usiacurí. La médica de turno, Natalí Moisés, ordenó internarlo para hacerle el tratamiento. Aunque sólo duró un día tirado en la cama, fue visitado por su camarada de trabajo, Jorge Luis Rivaldo Pimentel, quien no se molestó porque Porfirio no esperara las papeletas de bicarbonato que le había prometido. Jorge nunca se imaginó que en menos de una semana la misma doctora lo iba a atender pero en otras circunstancias, muy infortunadas para él, y que su compadre fuera el primero en conocer la trágica noticia.

El día anunciado

Primero de mayo. La noche anterior no había sido buena para Jorge Rivaldo porque se había quejado un poco de los dolores en el vientre. Pero no tenía el consabido bicarbonato, y le daba pena despertar a su mamá a medianoche. Regresó a su casa después de abrir la válvula para llenar el pozo uno.

A las 5:05 de la mañana volvió a despertarse. En esta oportunidad no llamó a su mujer. Cruzó la estancia en puntillas para evitar hacer ruido. Le puso candado a la puerta que da a la calle, y bajó la loma donde se encuentra ubicada su vivienda.

A esa misma hora su amigo Porfirio Patiño había terminado su jornada. Siempre se encontraban cuando estaban de turno. Muchas veces se convidaban para abrir o cerrar algún control. Pero en esta oportunidad Porfirio se fue a buscar la comida para el perro de la casa. Todo parecía normal. Nada indicaba que algo *maluco* iba a suceder.

Los dos amigos se encontraron por última vez a las 5:20 de la mañana. El uno subía y el otro bajaba la empinada calle *Julio Flórez*. Entrecruzaron un breve diálogo, al término del cual se despidieron como siempre. Pero en la conversación hubo una frase que le llamó la atención a Patiño: "voy a cerrar la última válvula".

Cerró la llave. Quizás no tardó diez minutos en ese acto. La luna ya se había ocultado. Los gallos comenzaron a cantar. El alba empezaba a despuntar. La fachada de la casa donde vivió y donde yacen los huesos del poeta, aparecía pincelada por los primeros y débiles rayos de luz que apenas alumbraban la negruzca tinta de dos poesías plasmadas en un amarillento papel adherido con cinta pegante a la pared de madera.

Jorge Luis Rivaldo dio media vuelta. Ya no necesitaba la linterna para ver a su alrededor. Al dar cinco o seis pasos, se detuvo por unos minutos frente al busto en honor del poeta Julio Flórez, en cuyo pedestal pudo leer este *in memoriam* titulado "Ego sum":

*Es esta la imagen fría/ de un poeta extravagante/
que sin fuerza de gigante/ soñó ser gigante un día,/ pero
que tras lucha impía/ mustio y rendido cayó/ pues apenas
consiguió/ avivar más su deseo/ y ser tan solo un pigmeo/
que aún sueña en lo que soñó.*

Al leer el texto lapidario probablemente un escalofrío le corrió por todo el cuerpo, porque a algunos de sus amigos les había dicho que "Ego sum" le ponía la carne de gallina. Y una hora antes de su muerte, varias personas lo vieron detenerse frente a la última morada del flemático poeta. Quizás también era su despedida de este mundo.

Subió la calle, ya de vuelta, aproximadamente a las 5:45 de la mañana. Fue la hora en que lo vio por última vez César Verdeza, "el hombre que tiene la capacidad de ver el aura".

Pasadas las seis de la mañana, Jorge Rivaldo llegó con su ropa de trabajo a la casa de sus padres, que a esa hora empezaban a abrir las puertas de la tienda "La fe en Dios". En ese momento su mamá Narcira Pimentel se encontraba un poco ocupada. Narcira, 52 años, de baja estatura, de rolliza contextura, pelo negro acanado y mirada triste, no sospechaba lo que le depararía la vida en los próximos minutos a su querido hijo.

- "Mami -le dijo un tanto desesperado Jorge Rivaldo- ¡vengo con unos dolores de barriga!".

- "¿Desde cuándo tienes esos cólicos?"

- "Desde anoche. ¿Tienes bicarbonato?"

- "Sí, mijo. Allí está, en el frasco bocón. Ve y cógelo".

En el apartamento recién construido donde funciona la tienda no se escucharon, por un momento, más voces. El atrayente aroma de café perfumaba el aire al interior de la estancia. Esa mañana no podía probar el tinto de mamá. ¿Cómo iba a probarlo con esos cólicos de mil demonios que cada vez eran más fuertes? Pero allí estaba mamá recetándole el reiterativo remedio casero. Lo de siempre: bicarbonato, limón y sal.

La luz de la estancia era difusa. Pero casi mecánicamente llegó al estante donde supuestamente estaba el frasco bocón. Efectivamente lo encontró. Metió la mano, y entre el índice y el pulgar, atrapó trabajosamente una papeleta. Con cierta dificultad sacó la mano. Luego se agachó para tomar un limón, lo partió en dos con el cuchillo de relajar la carne. Se trasladó a la cocina de la casa de la abuela, que estaba al lado, a preparar la toma. Asió un vaso y lo llenó de agua hasta la mitad. Le vació la papeleta del supuesto bicarbonato, le agregó sal y le exprimió las dos tapas de limón. Con

los dedos de la mano derecha revolvió el contenido hasta disolverlo. Tomó el vaso y lo empujó hacia la boca. El primer trago se deslizó rápidamente sobre su garganta. Sintió que le quemaba. Al llegar al estómago, ya el segundo trago venía encima, e instintivamente Jorge lo expulsó con violencia. Pero ya era tarde... el primer trago había llegado al estómago, y solo atinó a gritar con angustia y desesperación:

- "¡Mami, esto no es bicarbonato!"

Alcanzó a dar varios pasos y finalmente cayó dando quejidos guturales. Las convulsiones atormentaban su cuerpo. Trataba de respirar y no podía. Trataba de hablar y no podía. Se llevaba las manos al cuello como si tratara de quitarse desesperadamente algo que le impedía respirar.

Narcira corrió al escuchar el grito de Rivaldo.

- "¡Santo Dios! ¡Mijo! ¡¿Qué te pasó? ¡¿Que te tomaste?!"

Pero Rivaldo no contestaba. No podía contestar. Tenía cerca la sombra de la muerte. Narcira y otros familiares lo acostaron en la cama; su piel se fue poniendo amarilla negruzca; los labios morados apenas temblaban y sus ojos empezaban a desorbitarse. Por fin, llegó el jeep donde lo iban a transportar moribundo.

El diagnóstico médico

6:30 de la mañana. Centro de Salud de Usiacurí. La noche estuvo calmada pese a ser domingo para amanecer lunes festivo. Todo indicaba que nada cambiaría esa pasividad propia de la población atlanticense. El personal médico y paramédico dormitaba. A las 7 de la mañana terminaba el turno. En el libro de registro solo aparecía un caso. La doctora Natalí Moisés, médica de turno, estaba revisando algunos documentos.

- "¡Un intoxicado! Trajeron un intoxicado, doctora" - tronó el joven vigilante, rompiendo el silencio.

La doctora bajó con rapidez las dos escaleras hasta llegar al consultorio ubicado en el primer piso. En la cama yacía Jorge Rivaldo Pimentel. La doctora lo examinó en el acto, y comprobó su estado cianótico: coloración de la piel azul-negruzca, cara desencajada, ojos desorbitados. Ya su cuerpo no convulsionaba, ni tampoco mostraba señal de vida. Para tener certeza en su diagnóstico, la doctora Natalí mandó a buscar un reconocido médico de la localidad que vive cerca del Centro de Salud, y que por un tiempo estuvo vinculado a él.

A las 6:30 de la mañana, el diagnóstico fue concluyente: el paciente llegó muerto. El médico se lo comentó a Porfirio Patiño, quien había llegado un instante después. En la sala de espera estaban Narcira y otros familiares. El médico se les acercó y les dio la fatal noticia.

- "¿Qué había tomado? ¿Qué había comido?"-, eran las preguntas de los médicos. Mandaron a buscar la papeleta vacía; la trajeron junto con el frasco bocón de donde Jorge Luis la había sacado. Extrajeron dos más de su interior, y la sustancia era la misma: Lannate.

A las once de la mañana le hicieron la necropsia. "Murió de un paro respiratorio y paro cardíaco causado por una sustancia tóxica...", reza en el informe médico.

- "Si, fue una muerte horrible"- comentó un parroquiano dentro del tumulto que se formó a la entrada del Centro de Salud. Otro dijo: "el que a hierro mata a hierro muere", y recordó los animales que habían muerto en esa misma forma.

La gente decía que su día de morir era el primero de mayo, y no otro. Era una muerte fatalmente augurada. "¿Por qué a él y no a otro?" se preguntaban las personas que se reunían en la conversación.

Alguien recordó que en Usacuquí algunas cocineras suelen echar bicarbonato a los frijoles para ablandarlos. ¿Qué tal si en la tienda en vez de bicarbonato le hubiesen dado por equivocación Lannate a alguna de las que usa este truco de cocina casera? Nadie quería pensarlo. Un anciano muy flaco respondió: "al que le van a dar le guardan". ¿Estaba el destino prefabricado para Jorge Rivaldo?

El pueblo hizo sus propias reflexiones. En el último ritual religioso de la muerte de Rivaldo, cuando ya el sacerdote Jorge Ruiz, párroco de la iglesia Santo Domingo de Usiacurí, había oficiado la misa por el descanso eterno de su tocayo, un campesino que tiene experiencia en el uso de esa sustancia venenosa, le dijo a un reducido grupo de contertulios:

- "Miren, si el muchacho se hubiese tomado todo el vaso de agua y no un sorbo, tal vez estuviese vivo. Es que el veneno hace más efecto con una sola gota que con un libra". Ante esa categórica afirmación, César Verdeza respondió dubitativamente:

- "No hubiese muerto en unas circunstancias normales. Pero la muerte le perseguía, y de mil personas, él hubiese sido el escogido".

Allí permanecía su cuerpo inerte, mustio y cianótico en su rápido tránsito al más allá. "Los sueños en que soñó" se esfumaron por encanto del destino. Ya no podía cuidar más "la roza"; ya no podía librarse de los animales *malamañosos*; ya no podía ser feliz como en las épocas de infancia cuando jugaba *pelota 'e trapo* con los demás chicos en las quebradizas calles de Usiacurí. Todo había terminado para él. - "¿Por qué nos ocurrió esta tragedia?" - se preguntaba Carlos Rivaldo, padre de Jorge Luis.

A las 9 de la noche de ese fatídico día, su cadáver era alumbrado por cuatro cirios y una lámpara de luz amarillenta que se reflejaba pálidamente sobre una corona floral y ramilletes de diferentes especies y matices: azucenas, astromelias, margaritas y pompones. Y en un rincón de la humilde y aseada estancia estaba un improvisado altar adornado por un Cristo de madera con un puñado de flores de coral rojo. En tanto en el fondo se escuchaba un réquiem por el descanso eterno del difunto. ■

